

36 años de esperanzas

P. Víctor Acha

El 8 de diciembre se cumplen 36 años de la clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II. Probablemente para el ciudadano común, sea ésta una fecha más. En 1965 en cambio, el hecho tenía repercusión en el mundo entero y una relevancia singular en el ámbito católico.

Para quienes entonces disfrutábamos de nuestros 20 y tantos años y participábamos activamente de la vida de la Iglesia, quizá sea poco decir que nos embargaba una "santa euforia". Más allá del entusiasmo, estábamos tomando conciencia de que la Iglesia ya no sería más, al menos en el mundo occidental, el eje de sentido, la norma de vida y la última palabra en el conjunto de la sociedad. Porque ahora se la invitaba a ser como experta en humanidad, su servidora; como testigo del amor de Dios, testimonio de pobreza; como profeta del Reino, liberadora de esclavitudes.

La "cristiandad" había llegado a su fin, no sólo porque la modernidad se enseñoreaba en el pensamiento y en las actividades todas de la sociedad, sino porque la Iglesia misma, que era su bastión normativo se declaraba a sí misma "servidora de la humanidad", se auto-definía "Pueblo de Dios", proclamaba que "el diálogo ecuménico", era una prioridad pastoral, e invitaba solemnemente e institucionalmente a "revisar y renovar todo", desde la liturgia hasta las relaciones todas con el mundo.

En los espíritus jóvenes, el cambio ha sido siempre su identidad y su interés permanente, pero lo era de un modo particular en los jóvenes de los años 50-60 del siglo pasado. Los mismos que pensábamos que la figura solemne de Pío XII era difícilmente reemplazable, nos adherimos prontamente a la invitación de Juan XXIII a abrir puertas y ventanas en la Iglesia, para que los vientos de renovación entraran en ese hogar universal. Nos cautivó rápidamente este anciano que comentaba así su propia iniciativa de convocar a Concilio. Fue "...Un toque inesperado, un haz de luz de lo alto, una

gran suavidad en los ojos y en el corazón; pero al mismo tiempo, un fervor, un gran fervor que con sorpresa se despertó en todo el mundo en espera de la celebración del Concilio...La Iglesia iluminada por la luz de este Concilio-tal es nuestra firme esperanza-, acrecentará sus riquezas espirituales sacando acopio de nuevas energías, mirará intrépida al porvenir..." (1)

¿Cómo no entusiasmarse con el Papa, que al inaugurar el Concilio, decía a los miles de Obispos allí reunidos, a la Iglesia en todo el mundo y a cuantos quisieran escuchar, estas palabras reconfortantes? "...disentimos de esos profetas de calamidades (quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina) que siempre están anunciando infaustos sucesos como si fuese inminente el fin de los tiempos..." (2)

Así invitaba a mirar con respeto crítico la realidad del mundo al cual la Iglesia pretendía hablar desde el Concilio e invitaba a hacer del estilo del Aula conciliar, un nuevo modo cristiano de mirar la vida, la historia y el conjunto de las realidades humanas.

Invitaba además a tener la mirada y el corazón puestos en Dios, para interpretar rectamente las realidades y desafíos de este mundo; y a valorar la tradición recibida pero al mismo tiempo mirar el presente, las nuevas condiciones de vida, la persona, la familia, la sociedad toda.

Alentaba a afianzar la fidelidad a la doctrina auténtica, pero poniéndola en conformidad con los métodos actuales de investigación, y buscando las formas adecuadas de expresión, para hacer accesible al presente el Mensaje de siempre.

Proclamaba su adhesión a la verdad, pero aclarando que es preferible "usar de la medicina de la misericordia más que de la severidad..."(3). Afirmaba igualmente que levantar la antorcha de la verdad significa para la Iglesia mostrarse madre amable, benigna, paciente, misericordiosa con todos y tener el mismo amor para con los oprimidos por tantas dificultades, fomentando

la concordia, la paz y la unidad. El Concilio fomentará la unidad de la familia cristiana y humana, sentando los criterios que debían dar lugar al ecumenismo.

Concluía el Papa maravillándose de ver aquí reunidos a los Obispos de todo el orbe, para la desafiante tarea de aggiornamento de la Iglesia, recordando que el mundo entero miraba esperanzado este acontecimiento.

No menos alentadores que las palabras del Papa que convoca y abre el Concilio, Juan XXIII, son los mensajes del que clausura este Acontecimiento, Pablo VI. Uno de sus más fervientes participantes, que luego trabajaría incansablemente por dar continuidad a lo que había concluido. Señala entre otras cosas en la clausura de los trabajos el 7 de diciembre de 1965, que el Concilio: (4)

- Tuvo una intención religiosa, la gloria de Dios, para lo cual la Iglesia se ha mirado a sí misma no para complacerse en eruditos análisis, ni reclamar derechos y formular leyes (que lo hizo), sino para hallar en sí misma, viviente y operante en el Espíritu Santo, la palabra de Cristo...;

- Ha tenido un vivo interés por el estudio del mundo moderno (para) conocer, acercarse, comprender, penetrar, servir, evangelizar a la sociedad que la rodea y seguirla...alcanzarla en su rápido y continuo cambio...Así ha intentado el Concilio hablar al hombre de hoy y sumarse a su promoción; ha declarado igualmente que la Iglesia no se ha desviado hacia la dirección antropocéntrica, sino que se ha vuelto hacia ella, porque la Iglesia es para la humanidad. Con esto el Concilio se inclina sobre el hombre y sobre la tierra, pero se eleva al reino de Dios.

En aquel momento y desde nuestro compromiso cristiano, encontramos en los grandes documentos del Concilio que aparecieron en tres años, la fuente de inspiración, el respaldo magisterial, y la justificación teológica de la transformación de la Iglesia y del cambio social:

- La Iglesia es Pueblo de Dios y sacramento de comunión (documento sobre la Iglesia);

- Somos levadura de la historia porque los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de la humanidad, sobre todo de los pobres y los que sufren, son los nuestros (documento sobre la Iglesia en el mundo actual);

- Ya no es la liturgia un privilegio de pocos, sino fuente y culmen de la vida de la Iglesia (documento sobre la Liturgia)

- El uso de la Biblia, tan largamente restringido para el creyente, debe difundirse y alentarse, para que los hijos de la Iglesia se familiaricen sin peligro y provechosamente con las Sagradas Escrituras (documento sobre la Revelación).

El tono de la convocatoria y apertura del Concilio reflejado en lo que antes señalamos estaba acorde con el mundo en ebullición de aquellos años '60. Era el tiempo de las utopías, de los sueños, de los proyectos que por doquier proponían un cambio social-estructural



para el mundo occidental.

Veámos, especialmente los jóvenes siempre dispuestos al protagonismo, que la sociedad nueva y el hombre nuevo, eran tarea urgente y realidad inminente. Los jóvenes cristianos adherimos con el mismo ímpetu de todos los que buscaban el cambio, pero sumando la motivación de nuestra fe en lo trascendente y la esperanza abierta por el Concilio.

En esos años en que se comienza a decir que muy pronto el mundo será la aldea planetaria, nos sentimos ciudadanos del mundo y responsables de este desafío, estábamos convencidos de que luchar por el cambio era apostar a la vida, a la dignidad humana, a la transformación de las estructuras injustas.

Hay que reconocer que muchos que adhirieron a la renovación conciliar, pronto se asustaron ante el cambio y el miedo les llevó a posturas fundamentalistas, integristas, conservadoras. Pero no es posible construir desde el temor, pasaran sus esfuerzos sin pena ni gloria.

Otros, hemos quedado marcados definitivamente por aquel ímpetu y aquellas utopías. Es una marca que sigue siendo motivación para la búsqueda y el trabajo solidario dentro y fuera de la Iglesia. Nos queda pedir al Señor de la historia que nos dé fortaleza hasta el fin de nuestras vidas para buscar con sencillez y coherencia trabajar por una sociedad más solidaria en el mundo de la globalización, más justa en medio del neoliberalismo económico y más humana y hermana en medio de la cultura de la violencia.

Pbro. Víctor S. Acha

Marzo 28 de 2001

1. Juan XXIII. El principal objetivo del Concilio, en Concilio Vat. II. Constituciones, Decretos Declaraciones. BAC, Madrid 1965, pg. 746

2. id pg.747

3. id pg. 750

4. id pg. 813 ss.